

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE OVIEDO 2017

Evaristo Arce Piniella

Preámbulo

“Yo no sabía que tú...”. “O sea, que tú también...”.
“Me llamó la atención que tú...”.

Insinuaciones como éstas, mezcla de sorpresa y reproche, las vengo escuchando en las últimas semanas por el hecho de haber aceptado ser pregonero de la Semana Santa de Oviedo. Es como si estuviese traspasando una línea roja ó hubiera sido abducido por alguna sociedad secreta, secta o mafia innombrables y malignas... Además, muchas de ellas provienen de personas próximas, cercanas en mis afectos, trato y convicciones, y otras, de ajenos, sólo o apenas conocidos, lo que demuestra el grado de depreciación y desconocimiento generalizado que se tiene de ciertos comportamientos que responden, básicamente, a principios éticos o deberes morales. La sociedad no los entiende, no los comparte o los rechaza abiertamente.

Cuando se publicó la noticia y utilizando una metáfora que no me pertenece, ese día, a todos los efectos- menos uno, y principal -, salí del armario.

Por estas y otras razones dije que sí, con dudas y retrasos, al ofrecimiento de la Junta de Hermandades; y lo hice, como es fácil suponer, con un convencimiento reflexivo y, desde luego, con sorpresa y gratitud, sintiéndome muy honrado y con la esperanza de ser capaz de corresponder con moderada dignidad a su confianza.

El pregón, como género literario, tiende a la complacencia, la exageración y el ditirambo; en algunos, suele abusarse de las fuentes bibliográficas y las citas eruditas; en otros, se utilizan recursos dialécticos y anecdóticos para suscitar el interés del respetable, mantener la expectación y, si cabe, provocar la sonrisa o la lagrimina. Y en otra buena parte se entra a saco en el pozo sin fondo de internet, que a menudo es un pozo negro.

Sin embargo, este será un pregón artesano, reivindicativo, probatorio y crítico. Y tiene la intención de ser muy personal. Y, sobre todo, breve como corresponde a la mejor tradición periodística.

Porque la historia ya ha sido mil veces contada en otros pregones, por personas con mayor conocimiento, rango, representación y autoridad moral e intelectual. La opción alternativa era, en mi opinión, individualizar el relato para compartirlo, como una confidencia que requiere reciprocidad y franqueza, más que como una confesión, que eso ya son palabras mayores.

Así fue concebido, meditado y escrito el pregón, al que sirve de introducción este preámbulo, sobrevenido, depurativo y terapéutico y que pretende no ser frívolo, ni asambleario, ni tampoco una homilía, una arenga o un monólogo del club de la comedia.

Es, en su planteamiento y en sus propósitos, una proclamación de intenciones, una formulación somera de ideas y una recreación emocional de recuerdos y vivencias. Se trata de darle autenticidad al relato, de tal manera que esta cualidad sea su principal aportación, su mérito y su virtud.

Que así sea.

PREGÓN

Vivimos bajo el dominio del sucedáneo; más que un emporio, todo un imperio, modernamente favorecido por las redes sociales.

Y de él, en mayor o menor medida, todos somos tributarios y víctimas- o cómplices-, ya sea por separado o conjuntamente y ya sea voluntaria o involuntariamente, inocentes o culpables

Consumimos productos e ideologías descafeinados, cuando no adulterados, mensajes y artículos que no son lo que parecen. O dicho de otro modo: que parecen lo que no son...

Y de lo sucedáneo pasamos conscientemente al ámbito delictivo y punible de la falsificación. Estamos rodeados de imitaciones de usar y tirar, con seductoras y endebles manufacturas éticas de caducidad a corto plazo. Y ese período de obsolescencia afecta tanto al discurso teórico como a la práctica intelectual o mercantil.

Sucedáneos, falsificaciones, eufemismos, tergiversaciones, realidades virtuales, manipulaciones, apropiaciones y plagios, tan en boga académicamente...Y todo ello, con tal de no

llamar a las cosas por su nombre, de camuflarlas en falsas apariencias o de disimular ignorancias, incompetencias y malicias.

Parece que todo vale en la sociedad contemporánea, y no es así. Ahí tenemos la palabra del año: **posverdad**, que, en términos léxicos de andar por casa, equivale a mentira emotiva, bulo o falsedad.

Una cosa es lo que se consume, casi todo desechable, intercambiable y en buena medida prescindible, y otra es lo que se vive, aquello que nos alimenta sustancialmente como personas de cuerpo y alma, siempre en construcción y con un sostenido e innato afán de superación, plenitud y trascendencia.

Por ejemplo: la Semana Santa, que no es semana blanca, ni de primavera ni de vacaciones, aunque secundariamente sea una parte de todas ellas y pueda serlo de todas a la vez.

La Semana Santa no es una franquicia, ni una promoción, ni una oferta comercial. No puede ser un subproducto, ni tampoco una mera simulación. No es folklore, ni turismo a secas, aun cuando en determinados aspectos se nutra de ambos componentes en el transcurso de la historia y la tradición popular.

Entre el misticismo castellano y el arrebatado expresionista andaluz, la espiritualidad del asturiano se sitúa en la sobriedad, en un término medio más próximo a la templanza - no confundir con la tibieza- que a la exaltación. Somos diferentes y entendemos la religiosidad de otra manera, la expresamos muy distintamente, aunque todos estemos compartiendo la misma creencia y participemos, más o menos activamente, de idéntico relato.

No somos ajenos a la **globalización**, que nada tiene que ver con el ecumenismo y sí con el negocio, la imitación y la uniformidad, que no con el uniformismo.

Los asturianos, y por inclusión los ovetenses, somos recatados y pudorosos a la hora de exteriorizar y compartir pensamientos y sentimientos, aquello que nos dictan la cabeza y el corazón. Y esa contención no limita la autenticidad ni resta elocuencia a nuestros actos y comportamientos. Fue Azorín quien calificó a Oviedo de "ciudad espiritual", la noble, sarcástica, devota, augusta y amada Vetusta, en la sentida y clariniana descripción de Pérez de Ayala.

Para Ortega, el asturiano es intransitivo y no es, como proclama el dicho, loco, vano y mal cristiano.

Tan categórica aseveración está más basada en la mera rima que en un riguroso análisis psicológico. Y así lo da a entender Feijóo, que rechaza tajantemente la validez de ese refrán, por mucho que lo haga suyo Lope de Vega. Ya en 1494 el Padre Getino habla de los ovetenses como gente de natura alegre y placiente.

Y muy posteriormente, Fermín Canella los califica de reflexivos, buenos patriotas y leales al Estado, francos y consecuentes en la amistad, apegados a sus tradiciones civiles y religiosas y, por si todo esto fuera poco, les atribuye un ingenio brillante y repentino.

Bien es cierto que esa fama de alegres y decidores no excluye otro rasgo de la idiosincrasia carbayona, una seña de su identidad como pueblo: el comedimiento, el temperamento reservado, la medida; un silencio prudente y respetuoso que a menudo, en estas celebraciones, encubren o desnaturalizan las fanfarrias y la música de bandas que procesionan rítmica y marcialmente entre los penitentes, cofrades y meros espectadores.

La Semana Santa es reivindicativa y testimonial y es, ante todo, un acto de fe, que se proclama en torno a una imagería, de interés artístico desigual, y que

nos concierne y emociona por lo que representa e invoca en su simbolismo figurativo y en su escenificación ritual.

Y ante su liturgia, no vale ser un espectador pasivo, que todo lo contempla indiferente y neutral a través de la pantalla fotográfica de su teléfono móvil. Son celebraciones que exigen participación, presencia activa e inclusiva; es decir, comunión. Son ceremoniales para católicos y no meros espectáculos, para católicos e internautas.

De la prohibición total de cualquier manifestación externa de vida civil y mundana en los días de Semana Santa -nada de ruidos, ni de músicas profanas, ni de exhibiciones pecaminosas, ni siquiera de circulación de vehículos de tracción mecánica o de sangre - hemos pasado al escenario contrario. Todo es permitido y compatible, en un inestable y sectario desequilibrio de sometimientos, subordinaciones y soberanías.

Pero ciertamente, este no es un problema restringido a la Semana Santa, sino que es extensivo a la religión en su conjunto. Es un fenómeno social de discriminación y menosprecio, fruto de un cultivado y promovido laicismo, de complejas causas y complejo análisis. Como ocurre con el tiempo

meteorológico, una cosa es la temperatura que registran los termómetros y otra la sensación térmica que registramos los humanos.

Porque no son lo mismo los inscritos en el Registro parroquial, que los fieles que sobreviven a ese procedimiento eclesiástico y funcional. La estadística no miente, pero no dice toda la verdad. No dice que los practicantes son muchos menos que los registrados, ni dice tampoco que el clima social dominante, prácticamente imperativo, induce al desentendimiento y, en una segunda fase, al disentimiento. O al revés.

Por eso, la Semana Santa es una expresión de fortaleza, constancia y resarcimiento que, en el caso de Oviedo, ha tardado en configurarse y lo ha hecho gracias a eso que ahora se llama, tan enfáticamente, la ciudadanía y, en buena medida, a una ciudadanía joven, sin complejos y con un entusiasmo que ha terminado por ser contagioso.

La Semana Santa de Oviedo es una recuperación histórica, con un censo de cofradías y de miembros activos -lo que comúnmente se llaman militantes- inimaginable hace muy pocos años. Y esa restitución es también un acto de resistencia, honestidad y gallardía frente a un clima creciente de indiferencia,

cuando no, en ciertos sectores, de beligerante hostilidad.

Leopoldo Alas, “Clarín”, afirma en La Regenta que los descreídos en Vetusta no son más que cuatro pillos y su afirmación, más allá del territorio literario del que procede, fuera de su contexto de ficción novelesca, pierde virtualidad, porque en la realidad de entonces y en la presente los descreídos no son todos pillos ni tampoco son solo cuatro, y cuantos quiera que sean, lo son, como ellos bien saben, gracias a Dios.

Lo que hay es una cobardía epidémica y, de momento, epidérmica, a manifestar las propias creencias, al margen de la práctica estatutaria del catecismo. Y quien lo hace sufre de inmediato la burla, el sarcasmo o simplemente la descalificación de quienes administran la opinión pública y la opinión publicada, en nombre de la modernidad-últimamente “**líquida**”- y del progresismo, uno de esos términos secuestrados por unos y por otros para su particular provecho, en un régimen vicioso de **democracia de enjambre**.

En este mundo y en este ambiente, al que Oviedo no es ajeno, la Semana Santa, además de un tiempo de

recogimiento, meditación y penitencia, lo es también de introspección y testimonio.

Oviedo, como comunidad convivencial, se reconoce y se explica en la Semana Santa, en un compartido ejercicio de libertad, aun cuando ésta sea vigilada.

Y lo hace, en consonancia con su herencia e idiosincrasia, de forma transversal e igualitaria y conforme con su propia naturaleza, como capital hospitalaria, culta, tolerante e integradora.

Histórica, sociológica y espiritualmente, Oviedo se interpela y se proyecta en estas fechas dando cuenta de su herencia religiosa y de su pasado cultural, que no es enigmático, ni insustancial, ni deleznable.

Todo consiste, a fin de cuentas, en mantener viva la esperanza, en esta peregrinación terrenal, a sabiendas de que en ese camino pueden ser más las incertidumbres que las certezas, y más también los quebrantos que las conquistas.

Somos creyentes, no crédulos; servidores, incluso serviciales, pero no serviles; críticos, pero no desleales ni insumisos, que una cosa es el más allá, que a todos nos incumbe, y otra, el más acá de la institución, la organización y la jerarquía, todas igual de respetables y opinables y no necesariamente por este orden.

Entendemos la vida como un tránsito y un aprendizaje, en busca de la excelencia humana. Intentamos ser buenos y ser cada día mejores. Y ser comprensivos, respetuosos, justos, equitativos y solidarios con los demás. En definitiva, nos han enseñado a hacer el bien y a tener una conducta decente.

En esa pedagogía del cristianismo hemos sido formados y con ese equipaje hemos de enfrentarnos a la Semana Santa, como una semana de recapitulación y compromiso, aunque no vistamos el hábito -que no hace al monje- y no seamos lo que se entiende vulgarmente, en puridad, como practicantes, cualquiera que sea su grado de intensidad y cumplimiento.

En mi biografía, la Semana Santa tiene una entrañable, una íntima localización: Villaviciosa. En ella experimenté la emoción de participar integrado en las procesiones, con la cabeza cubierta por el capiellu y portando un pendoncillo o una pesada bandeja con la corona de espinas y de asistir, con atención y asombro, al protocolo del desenclavo, un verdadero auto sacramental; o al conmovedor encuentro de María y de su Hijo, en el escenario urbano y monumental del Ancho.

Siempre se dijo, al menos en aquellos años cincuenta, que las procesiones de Villaviciosa y la del Nazareno de Luarca eran las mejores de Asturias. A Oviedo, entonces, ni se le citaba en este oficioso palmarés, seguramente partidario y excluyente por localista y basado en valores subjetivos e intercambiables, en ocurrencias apenas fundamentadas.

Recuerdo con bastantes nitidez cómo se apagaban las luces y se entornaban las puertas de bares y comercios al paso de las procesiones con la presencia de multitud de cofrades que participaban en ellas, silenciosa y ordenadamente, con profunda devoción y con sus rostros vislumbrados por la llama parpadeante de las velas.

Esa es la evocación de un adolescente que muy pronto se asentó en Oviedo y que, sin renunciar a su origen, se hizo carbayón. Desde entonces, hace más de medio siglo, he vivido más Semanas Santas en Oviedo que en Villaviciosa y nunca tuve la pretensión de compararlas ni de que ambas se fundieran en una imposible simbiosis.

Pero sí echo en falta aquel clima emocional, y una intensidad espiritual que tal vez ennoblezca y engrandezca la nostalgia y la lejanía cronológica. No

en vano es en el pasado donde están las raíces, la razón de ser de la existencia y el germen de la personalidad que nos identificará ya de por vida, la patria en suma. La consabida, nunca mejor dicho, **memoria histórica**.

Alejandro Casona, que residió en la Villa de los cinco a los nueve años, y en ese período intervino en primera persona en tales celebraciones, las describe como “una insólita mezcla de verdad humana y de teatro litúrgico...”.

“Si considero la Pasión, escribió en el portfolio de la cofradía de 1964, como el más patético y hermoso drama del hombre, la razón habría que buscarla en aquel pequeño corazón que temblaba bajo su túnica de nazareno en una lejana Semana santa de Villaviciosa”.

Y muy parecidas son mis percepciones ante esas añoranzas, que reviven episodios irrepetibles, sensaciones y promesas, unas casi olvidadas y otras casi incumplidas.

Ciertamente, el sentido último y la justificación primera de todo pregón son el anuncio, el reclamo y la alabanza. En este caso, es la Semana Santa de Oviedo la que nos convoca e interpela como

intervinientes y protagonistas de un unánime acontecimiento común.

A estas alturas del calendario, en la cercanía ya de la Semana Santa de 2017-que se aproxima, literalmente ,” paso a paso”-, hemos de prepararnos para interiorizar y profundizar en lo que significa esta transición entre la Cuaresma y la Pascua, de la que todos somos destinatarios y deudores.

Cumpliendo ese mandato no escrito, Oviedo intercede como ciudad de acogimiento para quienes vengan, como testigos o actores, a la escenificación de la Semana Santa, haciendo honor la ciudad a su condición de bienhechora y buena. Y haciéndolo como es debido, con todos los sacramentos: de intención, palabra y obra.

Porque en Oviedo, querámoslo o no, somos algo más que convecinos, conciudadanos y congéneres; somos cofrades, fraternos; o sea, hermanos, aunque algunos sean espurios, otros pródigos y un resto, sucedáneos.

Total. Que este pregón, como la economía que en la actualidad tanto nos pregonan, ha resultado circular: empezó y ha terminado, fruto del azar narrativo y no como una fatalidad filosófica o una premeditación literaria, con los sucedáneos.

O sea, con los sustitutos, que no son genuinos, ni siquiera homologables, menos aún en el vocabulario de la Semana Santa.

Evaristo ARCE

(Texto leído en el Club de prensa de La Nueva España el 4 de abril de 2017).